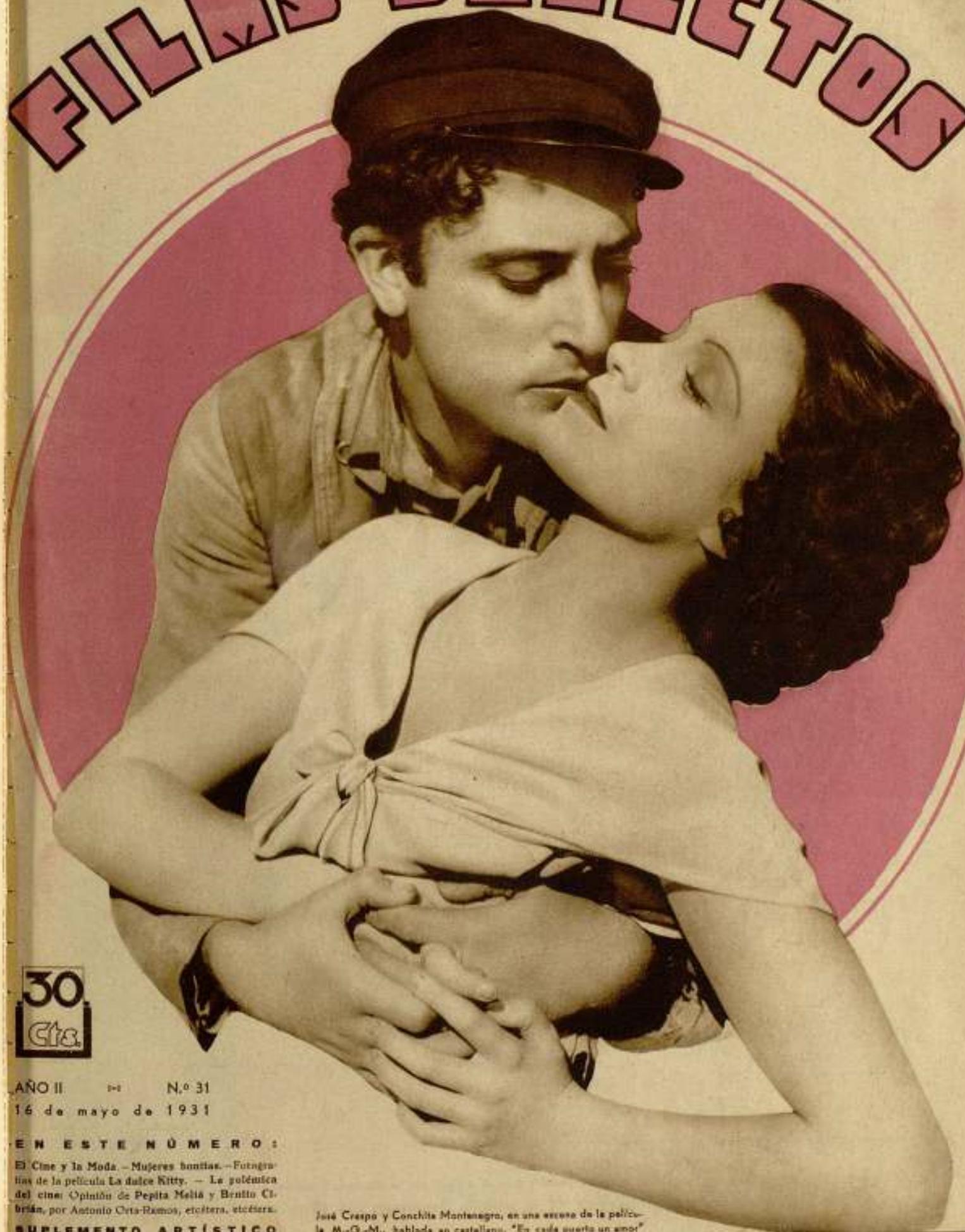


FILMS SELECTOS

FilmoTeca

Valencia:



30
Cts.

AÑO II N.º 31
16 de mayo de 1931

EN ESTE NÚMERO :

El Cine y la Moda. — Mujeres bonitas. — Fotografías de la película *La dulce Kitty*. — La goléusca del cine: Opinión de Pepita Meliá y Brillo Cibrán, por Antonio Ceta-Ramos, etcétera, etcétera.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

José Crespo y Conchita Montenegro, en una escena de la película *M.-O.-M.*, hablada en castellano. "En cada puerta un amor"



Nueva y magnífica caracterización que el coloso de la escena, Emil Jannings, ha hecho del protagonista de la película Paramount, "La última orden"

AL MARGEN DEL CINE

¿MUDO, HABLADO O SINCRONIZADO?

Por las altas esferas de la cinematografía mundial corre con insistencia el rumor de que las grandes empresas de Hollywood han acordado dejar de producir películas habladas en español, limitándose, por ahora, a las habladas en inglés.

¿Razones o causas de esta limitación? Concretamente, ninguna dan los poderosos señores de Cinelandia para justificar tan inesperado acuerdo. Pero, vagamente, se habla del exceso de producción en cintas habladas, causa por la que el público no da el abasto a consumirlas.

Sin embargo, como en todos los grandes negocios que empiezan briosamente y, en un momento dado, ven estacionarse su normal desarrollo, en este negocio cinematográfico existen causas de orden psicológico que debieran tenerse en cuenta. Causas que, en último término, son las que justifican el fracaso, del mismo modo que, en el caso contrario, justifican el éxito. Si se nos permite opinar libremente por cuenta propia, diremos que la causa de esa decisión es la falta, mejor dicho: la necesidad de experiencia. Porque, a decir verdad, ni las mismas casas productoras saben todavía qué han de hacer con el cine sonoro para trabajar de acuerdo con los gustos del público.

Consideremos, por una parte, la rapidez con que se ha incorporado al cine mudo el elemento sonoro, y constataremos, por otra, la desorientación con que han venido trabajando hasta ahora los cinematografistas del mundo entero.

En el reducido espacio de una temporada hemos visto la más diversa gama de combinaciones entre el movimiento y el sonido: películas de corte antiguo sencillamente sincronizadas, operetas con canto y baile, comedias habladas perfectamente divisibles en tres actos, revistas musicales con aparato espectacular, dibujos animados con sonido, noticieros hablados, películas documentales con simultánea explicación de viva voz, etcétera.

Todas las formas de realización del cine mudo han sido pulsadas ya por el cine sonoro. Y como si aun esto fuera poco, ha llegado hasta crear otras formas nuevas, imposibles en el cine silente, pero perfectamente realizables en el sonoro, como las películas sinfónicas, que nos han dado ya conciertos de música pura.

Pero — claro está — todas esas formas de realización cinematográfica han sido probadas en un momento, casi atropelladamente, al compás de la época, sin método alguno que respondiera al perfeccionamiento paulatino de un invento tan maravilloso aplicado a un espectáculo. Por eso vemos hoy, por ejemplo, películas que señalan un punto culminante en la realización sonora, y nos dan otra al día siguiente que apenas si puede admitirse como una prueba más o menos afortunada de un cine que podría llamarse «hablado».

El fenómeno carece de enigma, y la solución está en una fórmula de esperar tiempo al tiempo. Es preciso esperar. Lo que el productor, alucinado por la novedad, no ha sabido ver con su experiencia, ha tenido que verlo por la fuerza de las circunstancias. A un exceso de producción hablada, nacida en plena desorientación artística, ha seguido una desconcertante crisis comercial.

Y la primera medida adoptada para remediar el caso ha sido suspender la producción de películas habladas para los mercados de menor rendimiento, el español entre ellos.

Pero tal suspensión ¿es momentánea o definitiva? He aquí el busilis. Por ahora, no es ni una cosa ni otra, porque, en conclusión, es preciso esperar. Esperar a que el público, juez supremo en todos los pleitos de la vida, dictamine tácitamente, con el decisivo argumento de su preferencia, cuál es la forma de realización cinematográfica que ha de prevalecer: la muda de siempre, la hablada de hoy, o la sencillamente sincronizada que a un tiempo elimina dificultades y aporta positivas ventajas.

LORENZO CONDE

FILMS SELECTOS

SEMANARIO
CINEMATOGRAFICO
ILUSTRADO
DIRECTOR
Tomás G. Larriave



REVOLUCION
ADMINISTRACION
Distribucion: 21 de Mayo 1932
BARCELONA

REVOLUCION EN
MADRID muestra
EL BODARUY LA MODA
Valverde, 30 y 32



PRECIOS
DE
SUSCRIPCION

Espana y Ultramar
Trimestre: 375
Semestre: 750
Un año: 1.400

América y Portugal
Trimestre: 575
Semestre: 1.150
Un año: 2.300



CADA
SÁBADO

NUMERO SUFICIENTE
30
CENTIMOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

Trimestre, 375 pts. - Semestre, 750 - Año, 1.400

Nombre _____

Calle _____ núm. _____

Población _____ Provincia _____

Desee suscribirse a **films selectos** por un trimestre - semestre - un año. (Táchese lo que no interesa.) A partir del 1.º _____ El importe se lo remito por giro postal número _____ impuesto en _____

o en sellos de correo. (Táchese lo que no interesa.)

(Firma del suscriptor)

de _____ (Fecha)

de 1931

Films Selectos sale cada sábado

De unos a otros

PUBLICAREMOS en esta sección las demandas y contestaciones que nos envíen los lectores, aunque daremos preferencia a las referentes a asuntos del cine.

Los originales han de venir dirigidos al director de la sección, escritos con letra clara, o ser posible a máquina, y en cuartillas por una sola carilla, firmados con nombres, apellidos y dirección de los que las envían, e indicando si lo desean (aunque no es imprescindible) el seudónimo que quieren que figure al publicarse.

No sostendremos correspondencia ni contestaremos particularmente a ninguna clase de consultas.

DEMANDAS

181. — *El barón de Lascar* quedaría sumamente agradecido a aquel lector o lectora de la revista **FILMS SELECTOS**, que fuera tan amable en indicarle la biografía de Laura La Plante, y, a ser posible, algunos detalles de su vida.

182. — Desearía que algún lector o lectora de **FILMS SELECTOS** se dignase decirme la biografía del valeroso y gran artista de la M.-G.-M., George O'Brien, y la del simpático y elegante galán Charles Farrell, también de la misma M.-G.-M. Gracias muchas.

183. — *La Macarena* desea de algún amable lector o lectora le diga si Antonio Comellas, el ganador del concurso Fox Film, ha hecho alguna película y su dirección. Asimismo le interesa el nombre del protagonista de *La fuerza del querer*, el que hizo de boxeador, o sea *El Tigre*, también desea su dirección y si son casados o solteros.

184. — *Un curioso* desearía saber si ha abandonado el cine, por culpa del sonoro, la actriz Marcelina Day, pues no se anuncia ninguna película suya; si hizo el rol de compañera en el *Vagabundo poeta* con Barrymore, y si pueden decirme los nombres de las películas por ella interpretadas. Asimismo quisiera saber los films dirigidos por Benito Perojo, antes del *Negro del alma blanca* y el dirigido Boy. ¿Es verdad que lo ha contratado la Metro? Y por último, ¿qué preparan George O'Brien, Clive Brook, Cooper y los directores A. O. Dupont y Fritz Lang? Además, ¿qué se hizo de la famosa B. I. P. de Inglaterra?

Si por casualidad algún lector le interesaran idénticos artistas, con gusto entablaría correspondencia, si es de su gusto. Gracias.

185. — *María Luz* dice: ¿Podría algún lector o lectora de esta simpática revista indicarme cuantos detalles sepa de la vida de Myrna Loy y las películas que ha filmado? Mil gracias anticipadas.

186. — *El zor de Murcia* agradecería que algún lector o lectora de esta simpática revista le dijese si son ciertos los rumores que corren sobre el divorcio de Joan Crawford.

187. — *Pepiniqui* se dirige a los lectores de **FILMS SELECTOS** pidiéndoles tengan la bondad (por lo que les quedará muy agradecido) de mandarle las letras en inglés y español, del hermoso film *El loco cantor*.

188. — *Mijetaki* dice: Hace algún tiempo leí no sé dónde que el famoso actor Conway Tearle había fallecido y ahora veo incluido su nombre en el reparto de *Las castigadoras de Broadway*. ¿Cómo se entiende eso? ¿Se portará bien en el otro mundo y lo dejarán salir a filmar?

¿Será cierta la noticia del divorcio de Mary Pickford y Douglas Fairbanks? ¿Será cierto también que se retirará del cine?

Gracias anticipadas al amable lector que me conteste a estas preguntas.

CONTESTACIONES

153. — Para A. Ibáñez: La dirección de Bebe Daniels es la misma de Olive Burden, que ya se ha publicado.

154. — *Armando Borón* contesta a *Alfredo* en su demanda referente a la vida de Jeanette MacDonald y Lillian Roth: Empezando por la primera, Jeanette MacDonald, es una artista deliciosa, que todo el público español conoce en *El desfile del amor*. Nació en Escocia y por tanto británica de pura cepa y una de las personalidades del teatro de lengua inglesa cuya pronunciación es pura

y perfecta. Dicen... que oír en una obra teatral o película sonora, el inglés de Jeanette equivale a varios cursos de este idioma, dados por los más eminentes profesores.

Desde muy joven, y después de recibir educación cultural y artística, sintióse inclinada al teatro, donde su bellísima voz y su talento artístico debían hacerla triunfar. Pero el ambiente teatral de Inglaterra es estrecho y difícil, lo que la obligó a poner los ojos en ultramar. Tuvo que partir con su familia para que la dejaran marchar a los Estados Unidos. No fue rápidamente reconocida, viéndose obligada a trabajar como corista en una representación de cine.

Después de hacer sencillos papeles en *El lago nocturno* e *Irene y Tangarín*, un periodista la descubrió.

Master-Eury Savaje la contrató ventajosamente para interpretar un importante papel en *El anillo mágico* que le valió codiciar su colaboración al lado de Maurice Chevalier, en la primera opereta realizada por el astro francés; Jeanette posee una voz microfónicamente perfecta.

¿No ha visto usted *El desfile del amor*? ¡No! Pues véalo.

De Lillian Roth mandaré la contestación en breve.

155. — *Herminto Toledo* a *Un admirador de Billie Dove*: Le participo que la fascinadora estrella, causa de su justificada admiración, ha interpretado primeramente papeles de pequeña importancia en varias películas, después actuó en colaboración con Tom Mix, John Gilbert (cuando éste estaba en la Fox) y otros varios, y últimamente como estrella principal en las siguientes producciones por orden de estrenos, cuyos nombres no le respondo sean los mismos que ahí hayan tenido (le repito lo que dije a *Orquídea salvaje*).

Los *buscensuales*, con Huntly Gordon; *El corvo aéreo*, con Warner Baxter; *Corazones y contratos*, con Francis X. Busman; *El corazón de una bailarina*, con Larry Kent; *París, conquista y amor*, con Lloyd Hughes; *La Condesa secuestrada*, con Lloyd Hughes; *Travesuras de Cupido*, con Ben Lyon; *La belleza americana*, con Lloyd Hughes; *El mercado de esclavos*, con Gilbert Roland; *El lino amarillo*, con Clive Brook; *Adoración*, con Antonio Moreno; *El hombre y la ocasión*, con Bud La Rocque; *El porvenir de su esposa*, con Antonio Moreno; *La Historia de una tándiserela*, con Walter Pidgeon; *El ángel pintado*, con Edmundo Lowe; y *Besos sangrantes*, con Paul Lukas. Eso es todo lo que se ha estrenado por aquí hasta ahora, espero quede complacido. Y no me extraña que sea usted un admirador de la bella Billie, porque la muchacha lo merece y yo particularmente la considero

la artista más bella de la pantalla norteamericana.

156. — Demanda número 78: El film más importante de H. Denny es *Madame Satán*, de la M.-G.-M., según dicen, pues todavía no se ha estrenado en España. De Laura La Plante la mejor es *Sol de medianoche*. De Rodolfo Valentino, *Monsieur Beaucaire*. De Alice Terry, *Mare Nostrum*. De Ivan Petrovich, *Czarevich*. De Billie Dove, *Adoración*.

Los más elegantes astros de la pantalla son Adolphe Menjou y Clive Brook. Los más guapos son John Barrymore (John Perll), como le llaman) y Barry Norton.

Las más elegantes estrellas de la pantalla son Kay Francis, que tiene fama en Hollywood, y Florence Vidor.

Las más bellas son Billie Dove, Silvia Breecher (descubierta en el film de Chevalier *La canción de París*).

Mae Murray, alejada del cine mudo desde hace algún tiempo, vuelve ahora a las talkies en la comedia de cinematografía Almirá, *El pavo real* (Peacock Alley).

Los protagonistas de *Leg del hampa*, además de Bancroft, son Clive Brook y Evelyn Brent.

157. — Demanda número 82: Las últimas películas de Charles Rogers son *Nuevos ricos caprichosos*, *Galas de la Paramount*, *Entre la tierra y el cielo*, *Jazz-band*, *Aguiluchos* y *Close harmony*, sin título en español todavía.

158. — Demanda número 85: Lo siento mucho gentil caballero, pero las artistas de cine no dan sus domicilios particulares, sino de la casa productora, a la cual pertenecen, y por si esto le fuera útil, le envío las direcciones siguientes: Clara Bow, Paramount, Public Studios, Hollywood, California; Bebe Daniels, Radio Pictures Studio, 780, Gower Street, Hollywood, California; Billie Dove, First National Studios, Burbank (California); Anny Ondra, Bel Homefilm, Berlín (Alemania).

Joan Crawford está casada con Douglas Fairbanks (hijo) desde el 3 de junio de 1929, recibe su correspondencia en Metro-Goldwyn-Mayer Studios, Bulwer City, California.

La letra de las canciones de *El desfile del amor*, las encontré en el número 4 de esta revista en esta sección.

159. — Demanda número 84: Chevalier nació en el año 1892; su última película es *When France meets America*, con Eddie Cantor (llamado el Chevalier americano).

160. — *Esmeralda* envía unas contestaciones y ofrece a los lectores de **FILMS SELECTOS** su humilde colaboración en esta sección.

161. — Para *Un beso a media luz*: La edad de Mary Brian es veintitrés años, nació en Dallas, Texas. Es soltera, aunque está prometida a Phillips Holmes, joven galán que empieza ahora su carrera cinematográfica, y del cual se publicó una fotografía en el álbum de esta revista, en el número 12, de 3 de enero, y con el cual se casará en breve.

Antes de entrar en el cine, se dedicó a la pintura en la cual tenía gran porvenir y que sigue siendo, a pesar de sus éxitos en la pantalla, su gran pasión, a la que dedica todos los ratos que tiene libres.

Respecto al éxito de *El beso*, ha sido grande y merecido, por la excelente labor que realizan los protagonistas de este film, no solamente en Barcelona, sino en todas las ciudades en que se ha presentado.

162. — Para *Darlene*: La dirección de Charles Farrell y de Janet Gaynor, es la misma, ya que trabajan para la misma casa. Puede dirigirse a Fox Film Corporation, 850, Tenth Avenue, Nueva York.

163. — Para *Rafael Tzucitero*: Mona Maris se llama María Luisa Candeville, y es argentina.

164. — Para J. A. M.: Las direcciones de Lillian Roth y Maurice Chevalier son: Paramount Building, Nueva York. La de Evelyn Brent: Fox Film Corporation, 850, Tenth Avenue, Nueva York.

165. — Para *El marqués de Cobtail*: Janet Gaynor es soltera (no divorciada), aunque según recientes noticias, pronto dejará de serlo; el *afortunado* no pertenece a la colonia hollywoodense.

Si, señor, los artistas siguen mandando fotos, aunque naturalmente, con preferencia a los que mandan 25 centavos (moneda americana) para su envío.

CONCURSO

25,000 ptas. de premios

$$\begin{array}{cccc} 6 & + & . & + & . & = & 18 \\ \hline . & + & 6 & + & . & = & 18 \\ \hline . & + & . & + & 6 & = & 18 \end{array}$$

$$\begin{array}{cccc} . & + & 6 & + & . & = & 18 \\ \hline . & + & . & + & 6 & = & 18 \end{array}$$

$$\begin{array}{cccc} . & + & . & + & 6 & = & 18 \end{array}$$

$$18 \quad 18 \quad 18$$

Con los números 6 puestos en diagonal y con otras dos cédas llenad los seis cuadrillos de nuestro dibujo de manera que, sumándolos por todos lados, se obtenga siempre el número 18.

Envíadnos la solución de este concurso con un sobre, sin sello, a su dirección, a fin de poder darle el resultado del concurso. Confiándonos a las condiciones de nuestro concurso, mencionadas en la carta que le mandaremos. Vd. podrá, eventualmente, obtener un hermoso premio completamente gratis.

Escribid: PALMA, 99 Boulevard Auguste-Bianqui, PARIS (13e) - (Francia).

¿Encuentra el cine sonoro su camino?

Cosa curiosa: uno de los primeros directores que ha llevado la palabra a la pantalla, dedica ahora sus esfuerzos a disminuir la parte oral en el cinema.

En efecto, la histórica cinta sonora que reprodujo las canciones de la inimitable Raquel Meller, cuando despuntaba apenas el nuevo arte, se debe a Marcel Silver, se debe al eximio director de «En cada puerto un amor», película hispanoparlante de la Metro Goldwyn Mayer en la que actúan los conocidos José Crespo, Conchita Montenegro, Juan de Landa, Romualdo Tirado, Elena Landeros y Rosita Granada.

El propósito principal del cine — dice Silver — es procurar entretenimiento; y esto se aplica igualmente al cinema silencioso y a la pantalla sonora. Necesitamos relatar una historia clara y vigorosamente, provocar el llanto, la alegría y la desesperación en los espectadores conforme se desarrolla el papel que desempeña cada personaje. Para ello se requiere un instrumento sutil y poderoso, adecuando al empleo que debemos darle. Nada de rodeos que oscurezcan la límpida claridad del curso de la historia.

Y agrega:

—Con frecuencia, una fraseología excesiva origina esos rodeos. El público ha aprendido a apreciar las características del cinema. No es posible hacerte aceptar que se te diga aquello que está acostumbrado a ver. No se puede reemplazar la acción por una simple descripción oral. Napoleon decía que el diseño más insignificante da mucho mejor la idea que cualquier informe, por más detallado que sea. Asimismo en la pantalla, un ligero ademán impresionará mucho más que un elaborado soliloquio.

La posibilidad del diálogo, de la conversación, abrió un vasto campo al desenvolvimiento del arte cinematográfico; pero, careciendo de un guía experto, estamos expuestos a extraviarnos en las muchas encrucijadas de la vía, y descubrir que nos hemos enredado tanto en las revueltas del camino, que perdimos de vista el punto de llegada.

En los días del arte silencioso, nos veíamos obligados a depender casi por completo de la acción, interrumpiéndola ocasionalmente para intercalar títulos arbitrarios, y, a menudo, innecesarios. Ahora parecen creer los directores que pueden depender casi por completo de un diálogo flojo, y



Diversida escena de la película hablada en castellano «En cada puerto un amor».

que la acción es la fuerza arbitraria, innecesaria y aun perjudicial en ocasiones. Este es un error muy grande, y encierra peligros positivos para el arte cinematográfico, si no dedicamos nuestros esfuerzos a ahogar el mal en embrión antes de que se haga irremediable.

Y Marcel Silver concluye:

—Ello no quiere decir que el sonido sea una desventaja. No soy yo quien podría opinar de esta manera sin ganarme el calificativo de loco. Me refiero al uso impropio del sonido. Un diálogo movido, vigoroso, da fuerza mayor, duplica el valor de una acción movida y vigorosa. Es así como el diálogo y la pantomima deben emplearse: completándose, armonizándose, no en conflicto y destruyéndose mutuamente.

Nils Asther

o
el
galán
que
sustituyó
a
John
Gilbert
para
hacer
películas
con
Greta
Garbo

El defecto de enamorarse y admirar a todas las mujeres



Hace tiempo que lei en una revista americana que Nils Asther tiene el defecto de enamorarse y admirar a todas las mujeres de Hollywood. ¿Es esto acaso como él asegura un defecto? ¿No será una virtud ingénita que poseemos todos los hombres? De todos modos a mi me parece bien que Nils Asther tenga ese «defecto» y no otros bastante más censurables que se dan con frecuencia entre los artistas del cinema. Pero... ya me he ido de lo que me proponía contaros y he de volver a recordar para hablaros del objeto de mi reportaje. ¡Ah, sí! Hablemos mejor de lo que ha sido y es en la actualidad Nils Asther. ¿No os parece?

No hace mucho que en Hollywood se hablaba de un joven artista de pergeño elegante y cara apasionada. Nadie, empero, sabía de dónde venía ni qué planes eran los suyos. Pero Nils Asther — que es el personaje en cuestión — sí que lo sabía, puesto que a todo trance quería ser artista de cine. Al igual que su compatriota Greta Garbo, arribó a la Meca del cine sin algaradas ni campanillas, que es como si dijéramos sin fama ni gloria. Todo esto si más tarde lo consiguió fué a fuerza de constancia y estudio.

Nils Asther es de nacionalidad sueca, nacido en Estocolmo y de una familia muy bien avenida. Desde sus primeros años demostró gran afición al teatro, por lo que consiguió pronto trabajar en él, y contra la oposición de sus padres que querían hacer de Nils un hombre de carrera.

—Si continúas burlándote de mí como hasta ahora — le decía su padre, colérico —, terminaré por aborrecerte. —

Y aconsejaba la madre cariñosa:

—Haz caso a tu padre, hijo mío. Estudias una carrera y luego haces lo que te parezca. Pero ahora por lo menos obedéceos. —

No obstante todas estas reconveniones o consejos familiares, Nils continuó lo mismo y cimentando más cada día sus aspiraciones. Su actuación, empero, en Suecia, fué breve, debido a que un manager le animó marchara a Hollywood donde le aguardaba un magnífico porvenir. Y allá se fué un día nuestro hombre con muchísimas ilusiones y poquisimo dinero.

Tras muchos sinsabores y tropiezos, pero nunca en el montón innominado de los «extras», Nils, después de mucho batallar, halló la oportunidad de demostrar perfectamente que él servía para interpretar películas como John Gilbert. Se le sometió a la prueba e inmediatamente pasó a formar parte del elenco de la Metro Goldwyn Mayer, donde figura actualmente.

Su primer papel de más fama ha sido el realizado junto con Greta Garbo, en «Orquídeas salvajes». Luego «La única ley», y últimamente «El pulpo», films todos ellos conseguidos con esta misma artista.

Nils Asther trabajaba con ella cuando John Gilbert contrajo matrimonio con la simpática Ina Claire. Fué entonces cuando se dijo que Nils estaba locamente enamorado de la enigmática mujer. No debieron de ser falsos los rumores, puesto que después de haber filmado las últimas escenas de «Orquídeas salvajes», Nils hizo esta confesión:

«Sí; positivamente he estado enamorado de Greta Garbo mientras filmaba la película; pero la amable indiferencia mató pronto en mí todo sentimiento que no fuese el de una sincera camaradería.»

Pero la que realmente rompió el encanto de aquella pasión fué la vivaracha y alegre Vivian Duncan, que supo prender nuevas luces en el alma de Nils.

Nils Asther en el papel de protagonista de la película «El pulpo».

FilmoTeca
de Catalunya

tal clase de escenas en la vida real nunca son habladas, más bien silenciosas, muy silenciosas...

En su casita solitaria de Beverly Hills, Nils Asther tiene un pequeño parque zoológico, donde se pueden admirar diversas clases de animales y entre los que destacan un pequeño tigre y un leoncito, que son las mayores debilidades de su amo. Este, más que con sus amigos, prefiere pasar los grandes ratos con sus animales. ¡Como que Nils Asther es todo un hombre!...

MANUEL P. DE SOMACARRERA

Ved aquí al galán que sustituyó a John Gilbert en el papel de enamorado de Greta Garbo.



Se dice también que éste aparece en la pantalla tal y casi como es en la vida real. Su rostro, aunque serío, es atractivo y tiene unos ojos que cuando se enfadan despiden relámpagos de ira. Además, por un atavismo extraño, Nils Asther es hombre celoso hasta de su sombra. ¡Como que tiene a su novia encadenada y apenas la deja respirar!... Y eso que la pobre Vivian sabe también que su novio estuvo enamorado de Joan Crawford y que le confesó a ella misma:

—Joan es la mujer ideal y capaz de hacer muy feliz a un hombre con proponérselo.—

Nils creo que ya ha aprendido perfectamente el inglés, a fin de poder hacer películas sonoras. No obstante, él afirma que esta nueva modalidad cinematográfica no debiera ser aplicada a las cintas dramáticas sino a las operetas frívolas, porque una escena de amor como la realizada con Greta Garbo en «Orquídeas salvajes», no podría ser nunca hablada y menos sabiendo que



CRÓNICA DE PARÍS

impeno Argentina y Rosita Díaz Jiménez con Pepe Brujó en los jardines de Paramount.

FUERA DEL "SET"

JOSÉ BRUJÓ, el artista que llegó al "cine" por cansancio. La bailarina de la ópera, sus amores en París

José Brujó entró en el cine inopinadamente. Su primera película, realizada en los estudios Paramount, le valió un segundo contrato. Yo he presenciado su trabajo en la prueba privada de su primer film, «Lo mejor es reír», y me ha parecido notable. Este es un artista nacido en su primera producción.

Se repite el caso con harta frecuencia; valores que se destacan en el cinematógrafo, surgieron de la masa anónima.

De esto se desprende que el éxito tiene su fundamento básico en la naturalidad con que estos actores desconocidos de «ayer», actúan en el «set», sin afectación, pero guiados por el deseo espiritual de superarse.

Pepe Brujó es un señor, de una simpatía personal y un temperamento dinámico amoroso, bárbaro.

—Amigo Brujó. ¿Qué motivos le impulsaron a dedicarse al cine?—

Pepe Brujó me observa un momento con detenimiento. La sonrisa que anima siempre su semblante ha desaparecido.

—Pero bueno — me dice —; esa interviú es en serio. Porque si es de verdad, yo le puedo contar a usted algo grandioso, emocionante, que me pasó en Madrid con una chica muy mona por cierto. Se llamaba..., espere usted.

—Pepe Brujó. La nota sentimental si le parece, la dejaremos para cerrar.

—Como usted quiera, amigo, ya sabe que me es lo mismo. Esta muchacha se llamaba María Antonia, y era segunda bailarina de la ópera. Perdóneme. Me dediqué al cine por cansancio.

—¿Cómo?

—Sí; que estaba ya cansado de la vida parasitaria de los clubs, y tenía una gran fe en que el trabajo en los estudios cinematográficos me haría la vida un poco más distraída. Además, el trabajo del actor de cinema idealiza, es un escape espiritual y desde luego un medio de vivir bien. Conoci a Carlos San Martín en Madrid; fuimos buenos amigos y un día me aconsejó me dedicase al cine. Yo acepté la idea. Mi agradecimiento a él es infinito, pues sin su ayuda, nunca hubiera llegado a ser artista. No importa que se trabaje doce o catorce horas, si esta vida recogida de los estudios nos aparta del torbellino de la ciudad, y con ello se olvidan ideas sentimentales.

—¿Qué impresión recibió la primera vez en el «plateau», ante la cámara tomavistas, el micrófono...?

—Impresión de tristeza. Si lo hacía mal ya podía coger

en seguida el tren de regreso a Madrid. Figúrese cuando salí al «set» en medio del silencio más absoluto. Siempre recordaré el beso, que, según el argumento, tenía que dar a una muchacha; aquello me ayudó a reaccionar. Después ya natural.—

Brujó hace un prolongado silencio para ofrecerme un tabaco y prosigue luego, sin dejar de «castigar» a una mujer, espléndida, que bebe té frío en el restaurante, en una mesa próxima a la nuestra.

—Aquí, la vida en los estudios de Paramount, es agradable. Se ve cada señora por el «plateau» formidable. No hay ninguna necesidad de acudir a los «Champs Elysées», ni al «Bois de Boulogne», ni a los cabarets más elegantes, ni más guapas ni distinguidas se encontrarían. Además las atenciones de nuestros semejantes es lo que nos hace la vida agradable en Joinville. Son buena gente todos los camaradas.

—Pues yo recuerdo haberle encontrado a usted en otro sitio que ciertamente no era Joinville.

—Es que París de noche es algo formidable. Sin embargo yo siempre me quizzo de que hay demasiada luz para ir acompañado. Yo adm'ro a Menjou y al doctor Asuero. Conchita Montenegro me gustaría más si fuese rubia. Ahora que las chicas con tirabuzones me entusiasman.

—Entonces estará contento del próximo film «Luces de Buenos Aires», en que trabajará con Gloria Guzmán, Sofía Bozán y todas las muchachas argentinas del «Palace».

—Entusiasmadísimo. Esto será algo grande para mí. Bueno; usted ya las conoce. ¡Qué monas son!, ¿verdad? Yo el teléfono automático no lo uso sino cuando hablo con estas chicas, es que tienen una voz tan dulce... A Charlie Chaplin le gusta oír los tangos en el «Lydo». Yo soy más sencillo para eso, me gusta que me los cante una chiquilla en un restaurante de tercer orden.—

—Entra Carlos Gardel con una bella dama; éste actuará en «Luces de Buenos Aires». Brujó me pide permiso y se levanta para saludarles. Yo entonces converso con Roberto Rey, que regresó de Hollywood después de haber «rodado» con buen éxito «Cante alegre», para trabajar en los estudios de Joinville, con Paramount, en el film que dirige Carlos San Martín: «Un hombre de frac».

Hablamos de la vida cinematográfica, de los españoles en Hollywood, y quedo admirado de la sencillez de este buen actor, tan comprensivamente humano.

LUIS SÁNCHEZ DE MORALES
Joinville. (París), abril



Una escena de "Lo mejor es reir". Imperio Argentina, Soñita Díaz, Tommy d'Alfy y Manolo Rosell. Paramount.

HOLLYWOOD

PARÍS

ALTAVOZ

PARAMOUNT. JOINVILLE. — Terminado el film «Lo mejor es reir», que dirigió Emo Emerich, se está rodando actualmente «Un hombre de frac»; película hablada en español que dirige Carlos San Martín; siendo el principal protagonista Roberto Rey, que regresó de Hollywood exclusivamente para tomar parte en dicho film.

Seguidamente comenzarán a rodarse las primeras escenas de «Lucas de Buenos Aires». Principales personajes de esta nueva película de costumbres, son: Sofía Bozán, Gloria Guzmán y Carlos Gardel.

PARÍS. — PÁTHE-NATAN. — Actualmente se filma en los estudios de Joinville «La bête errant», una producción francesa de crudo realismo. Roges Goupillière, el joven «metteur en scène» que se significó grandemente en «Poignard malais», prepara actualmente un nuevo escenario para la comedia policiaca que dirigirá de Pathe-Natan, «Echec et mat».

PARÍS. — GADWANT-FRANCE-FILM. — Un buen éxito ha sido para esta marca importantísima el estreno de su película «L'anglais tel qu'on

le parle», que se dió en el Palais Rochechouart. Este notable film ha sido tomado de la obra de Tristan Bernard. Sus intérpretes principales que asistieron al estreno son: Wera Engels, Maryane, Roger Dann y Hamilton.

HOLLYWOOD. — METRO-GOLDWYN-MAYER. — Hemos saludado al actor de la comedia francesa André Luguet, que acaba de regresar de Hollywood, donde ha filmado para M. G. M. las siguientes películas: «Le spectre vert», «Monsieur Le Fox», «Si l'Empereur savait», «Jenny Lind», «Buster se marie», «Quand on est belle» y «Le père célibataire». Mr. André Luguet, con quien tuvo el honor de conversar breves momentos, se muestra encantado de su estancia en la capital del cinema. Cuenta que M. G. M. emprende actualmente el rodaje de grandes films españoles.

PARÍS. — No vemos aglomeración de gente ante las taquillas de los salones cinematográficos. «Les lumières de la ville», que se da en el «Marigny» y que explota por su cuenta Charlie Chaplin, tiene pretensiones de cobrar sesenta y cien francos por un asiento. Por lo que queda desvirtuada la especie de los que llaman al cinema educador de multitudes. No sabemos por qué Mr. Chaplin eligió para presentar su «dernier» film un salón de la Avenue des Champs Elysées.

París, abril 1931





La polémica del cine

Pepita Melia y Benito Cibrián

Diez, doce, infinidad de veces se han doblado gentiles, cogidos de las manos ante el público que los aclama y, cuando me enfrento con la simpática pareja, sus jadean por la emoción.

—Mucha gente — dice el empresario con la alegría del que le van bien los negocios.

—Mucha — asienta Cibrián como hablando de algo a lo que está acostumbrado.

—Síntese — me invita Pepita Melia, poniendo fin al plantón que me ha tenido en posición de «firmes» durante cinco minutos en su camerino.

—¿El cine? — me interroga Cibrián.

—Sí, señor: el cine.

—Pues algo admirable. ¿Verdad, Pepita?

—Y de muy acasadas condiciones artísticas — falla la interpelada.

—¿Superior al teatro? — pregunto, mirando a uno y otro.

—No — dice Pepita, consultando con los ojos a su marido.

—No — repite Cibrián de acuerdo con su mujer.

—Son cosas distintas — aclara la actriz.

—No van por igual camino — asegura el actor.

—El cine es un arte — va diciendo Pepita — que, debido a sus características especiales, se ha industrializado y hacerse un buen negocio mundial que...

—Por sus reservas económicas — continúa Cibrián — le ha sido posible acaparar los mejores elementos del teatro y casi con sus mismas reglas ha creado un arte diferente — termina.

—Ya ve usted el sonoro con qué fácil exactitud reproduce los ruidos que en el teatro, ¡ay!, nos cuestan tanto de lograr — se lamenta Pepita.

—Y el hablado, aunque no es aún perfecto, no me cabe la menor duda que llegará a serlo — pronostica Cibrián.

—Después, como es un negocio floreciente — arguye Pepita como preocupada por cierta tendencia cineasta — ha-

con cada ofrecimientos que son difíciles de rehusar.

—Yo no sé — allora Cibrián como hablando consigo mismo — pero me parece que esta pareja — y se une en un gesto a su mujer — terminará filmando.

—¿Qué actores prefiere? — le preguntó a Pepita.

—Jannings y Vilches.

—¿Y usted, Cibrián?

—Vilches y Jannings.

—Chevalier es un buen actor — concede la Melia.

—Sí; en su género está bien — aprueba su marido.

Una guapa y discreta actriz de las huestes Melia y Cibrián, que se ha pasado durante toda la entrevista sentada en un rincón del camerino, muy calladita, debía de opinar lo mismo que sus directores o gustarle mucho Chevalier, porque al oír su nombre ha estado a punto de romper el silencio en que voluntariamente se ha sumido.

O al menos a mi me lo ha parecido.

Y ahora, mientras pongo en orden la charla con que me ha obsequiado el matrimonio Cibrián-Melia para los lectores de *Films Selectos*, pienso, recordando a la guapa y discreta actriz que ella representa a su lado, lo que el cine hablado con respecto al mudo. En uno hay que adivinar; en el otro basta con oír.

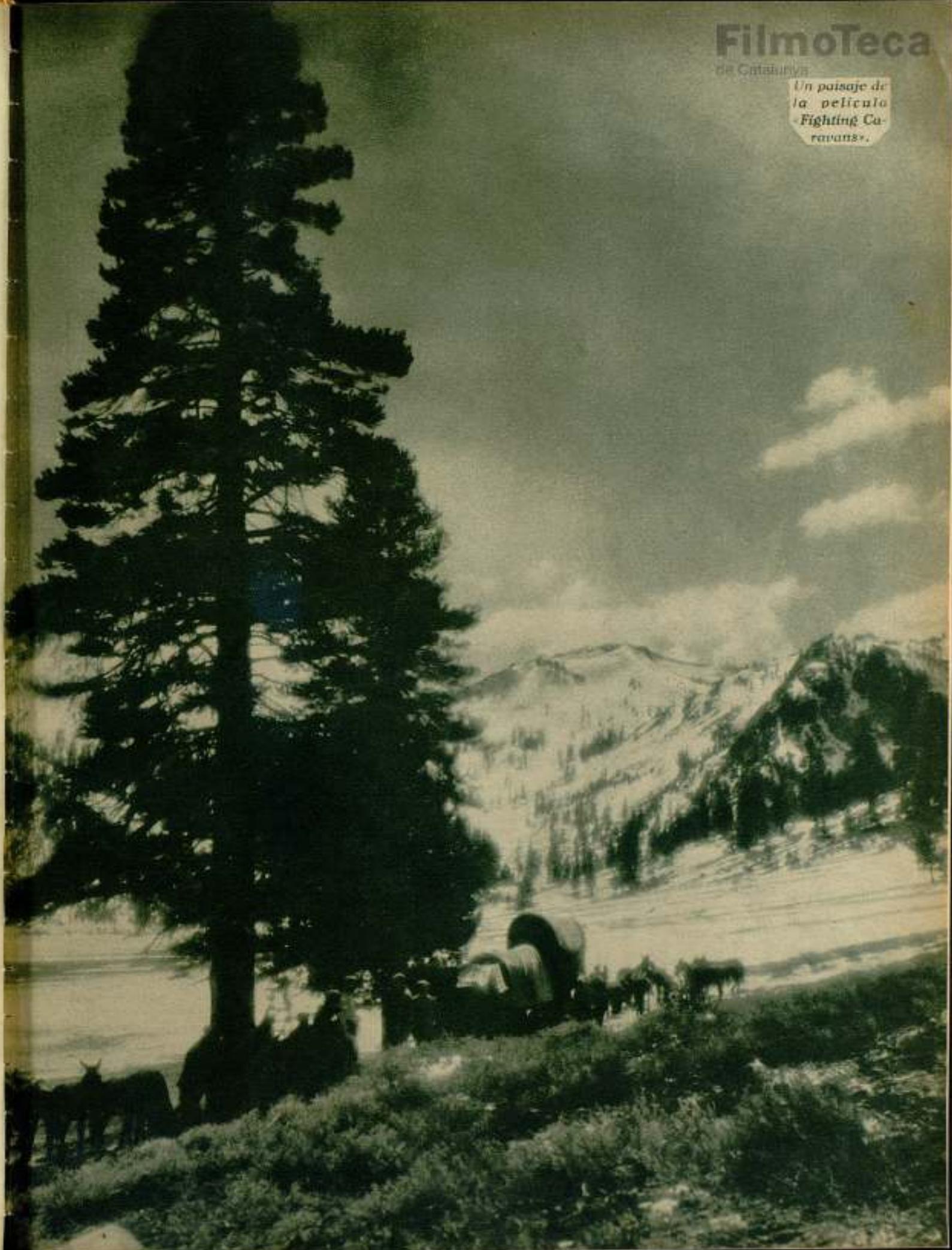
A. ORTIZ-RAJOS



FilmoTeca

de Catalunya

Un paisaje de
la película
"Fighting Ca-
ravans".



Esteban Randolph, hijo de Tomás Randolph, el más poderoso financiero de América, rueda por la pendiente del vicio en continuas y escandalosas orgías. Su padre, furioso al ver su nombre arrastrado por el barro y puesto en ridículo por la conducta disparatada de su hijo, decide tomar enérgicas resoluciones; pero Mrs. Gaynes, tía del muchacho, trata de arreglar los asuntos de manera diplomática haciendo creer a su sobrino que su padre, al que el chico adora, está al borde de la bancarrota y que solamente puede salvarlo de la situación casándose con Natalia Grayson, hija del mayor rival financiero de su padre. Este casamiento acabaría con la rivalidad y salvaría la situación crítica de los negocios de su padre.

Esteban se niega rotundamente a los manejos de su tía, y entonces su padre se cree obligado a poner en práctica sus procedimientos.

Le da un billete para San Francisco y cinco mil dólares al contado y le dice que se vaya a vivir su vida en donde nadie le conozca.

Esto promueve una violenta escena entre padre e hijo en la que éste reprocha duramente a su padre.

—Me ha cubierto usted de oro toda la vida — le dice —. Gasté cien mil dólares en mi instrucción, y en cambio ignoro el verdadero sentido de la vida. Quiero que me sostenga como un digno Randolph y nunca me han enseñado a trabajar, nunca me han hecho comprender el valor del trabajo. Usted no ha sido un padre para mí. Ha estado demasiado absorto en sus especulaciones financieras. Es tarde para hacerme cambiar de ruta.

El padre, aunque conmovido por los reproches de su hijo, se mantiene firme en su resolución: hará de su hijo un hombre o lo perderá para siempre.

En San Francisco, Esteban sigue su vida de crápula. Pero un día, en un cabaret encuentra a una muchacha, Angela, que le suplica que no beba tanto, que no se embrutezca en aquel ambiente de degeneración y de vicio, y el muchacho, sintiendo por aquella mujercita buena un afecto singular, promete con mil pro-



Marta Alba en la película Fox «Camino del Infierno».

CAMINO DEL INFIERNO

PRODUCCIÓN FOX HABLADA EN ESPAÑOL

REPARTO: Angela, María Alba; Esteban Randolph, Juan Torena; Capitán Traves, Ralph Navarro; Tomás Randolph, Carlos Villarias; Mrs. Gaynes, Carmen Rodríguez; Carlos Reising, Lucio Villegas; Capitán Gallon, J. Arísti Eulate.

Festas de amor a las que Angela correspondió afirmando que para ella es él el único hombre que hay en el mundo.

Pero en la sombra se preparaba una trampa a Esteban. El capitán Traves, Carlos Reising y el capitán Gallon, que están a las órdenes de Randolph padre, amenazan al chico con ponerle a disposición de la ley si no se decide a partir aquel mismo día a Shangai, en donde con un nombre supuesto emprenderá una nueva vida.

Esteban se niega a ello y les asegura que va a regresar a Nueva York y que se llevará con él a Angela. Esta cree que aquellas palabras son como una promesa de matrimonio, y va a prepararse para el viaje, y entretanto, Reising y el capitán Gallon embarcan a la fuerza a Esteban.

Después de un viaje penosísimo, Esteban desembarca en Shangai. Sus costumbres no se moderan, sigue su vida viciosa, va rodando más y más por la pendiente de todas las degeneraciones, se embriaga de vino y de opio, su cuerpo y su espíritu están aniquilados, cuando un día, al entrar en un fumadero de opio en donde todos están bajo la influencia de la soporífera droga, ve con asombro aparecer ante él a una muchacha que no es otra que Angela, aunque ella niega rotundamente su personalidad asegurando que canta desde hace tiempo en un café de Shangai.

Esteban le cuenta entonces el amor que siente por Angela, la mujer más buena que ha encontrado en el mundo y a la única que de veras ama. Angela, ante aquellas palabras, confiesa que en realidad es ella, que le ha seguido hasta allá y que sintiéndose incapaz de arrancarle del vicio se ha hundido en él también para que nada les separe. Así no se interpone entre ellos ni el dinero ni las diferencias sociales; los dos son de la misma clase.

Esteban quiere salvar a la muchacha. Para él ya es tarde la regeneración, pero para ella es todavía tiempo. Un misionero los casará y volverán a casa de su padre, retrocediendo paso a paso hacia el camino del bien, pagando todas sus deudas y

(Continúa en la página 22)



Elegante pijama mañanero, de crespón satén y encaje de Inglaterra, que luce la bellísima estrella, Imperio Argentina en una de las escenas de la nueva producción Paramount, hablada en castellano, «Lo mejor es retir».



Amores, desafíos, romanti-
cismo y magnífica presentación, re-
producción de una época galante y frívola.
Esto es la interesante película, - opereta en
colores - «LA DULCE KITTY», interpre-
tada por las estrellas de la Warner
Bros y de la First National.



Mujeres Bonitas

Este retrato es buena prueba de que la estrella de la Metro-Goldwyn-Mayer, Dorothy Jordan, une belleza, distinción y elegancia a perfectas cualidades fotogénicas.

LAS
DELICIAS
DE
SER
ESTRELLA

Filmoteca

LO QUE
LE OCURRIÓ
A BUSTER
KEATON



Sin asegurar la autenticidad de la noticia, hacemos de eco de lo que se dice acerca del impasible actor, copiando de la magnífica revista chilena «Ecran» el siguiente artículo

Si es cierto lo que cuentan, este es, visto por su parte exterior, el escenario en donde se desarrolló el drama? ¿tragedia? ¿comedia? cuyos protagonistas fueron Kathleen Key y Buster Keaton, al que vemos en esta fotografía acompañado de sus dos hijos Bob y Joe

No todo es oro lo que reluce en Hollywood... y también suenan golpes de vez en cuando. Esto es, por lo menos, lo que acaba de ocurrirle a Buster Keaton, el cómico de la cara de palo, a quien, a pesar de que se pasa la vida haciendo ejercicios y fortaleciéndose, una mujer acaba de darle la gran sopapina en su camarín de los estudios de Metro Goldwyn Mayer.

Hace pocos días estaba Keaton en su habitación del estudio, mientras en la vecina charlaban dos amigos suyos — el actor Ukelele Ike y el periodista Clarence Locan —, cuando entró a verle Kathleen Key, estrella de cine. Pocos minutos después los muebles y los vidrios de la habitación volaban por el aire. Los amigos del actor abrieron la puerta y se encontraron con que Buster Keaton y miss Key andaban por el suelo a golpe limpio, y, para evitar complicaciones, prefirieron huir de allí apresuradamente. Pero, no habián llegado a la puerta del departamento del actor, cuando vieron un bullo que salía por la ventana, rompiendo vidrios y molduras; era Buster en carne y hueso, a quien miss Key arrojaba desde dentro como si fuese una pelota cualquiera.

Se llamó a la policía y ésta redujo a miss Key llevándola al departamento de Culver City. Allí la artista manifestó

que nada tenía que decir con respecto a la pelea, y que, simplemente, se preguntase a Keaton qué había ocurrido.

El actor, lleno de chichones y cardenales, rasguñado y dolorido, contó, más tarde, la siguiente historia, que, por lo demás, nadie ha creído:

—Todo ha sido por una apuesta. Kathleen, de quien he sido muy buen amigo, me dijo hace algunas semanas que quería trabajar en el cine nuevo. Yo le aseguré que le conseguiría trabajo si enflaquecía, y me dijo que podía bajar veinte libras en diez días, y reducirse de ciento treinta y nueve a ciento diez y nueve. Hicimos una apuesta de quinientos dólares, pues me pareció imposible. Volvió a los diez días y había bajado sólo seis. De todos modos me pareció extraordinario y le di un cheque por quinientos dólares, pues sabía que anda-

ba necesitada de dinero. Después supe que había mostrado el cheque en todas partes, hablando de no sé qué enredos conmigo y haciendo ver que yo le daba dinero para que se callase. A fin de que no me molestara, le prometí darle cuatro mil dólares más, y hoy vino a mi camarín a pedirme el cheque. Pero, resultó que cuando ya lo había hecho, me dijo que no quería cuatro mil, sino veinte mil dólares, y como eso me sacó de mis casillas, se indignó y se me echó encima, arañándose y pegándose... —

Y eso es todo lo que se ha podido saber. La policía no detuvo, por fin, a miss Key, dejándola ir en libertad y pensando que alguna razón ha habido para el lío en cuestión, sobre todo teniendo en cuenta que Buster Keaton estaba dispuesto a darle cierta suma de dinero.

Entretanto, el escándalo ha sido el último comentario de Hollywood, esperándose para pronto otras novedades, ya que Buster es casado y no sería de extrañar que el escándalo no le hiciera mucha gracia a Natalie Talmadge, la esposa del actor.

Lo que quiere decir que la gloria y el dinero también tienen sus complicaciones, y que Buster, pequeñito y fro, va resultando un don Juan... aporreado.

¡Que todo sea por la popularidad!

Con el fin de dar más libertad para que los colaboradores expongan sus opiniones, la redacción no se hace solidaria del contenido, que será siempre del exclusivo criterio de sus autores.

UNA RAZA APARTE Filmoteca

¿Por qué ha de considerarse el mundo a los que pisan la escena como una raza aparte? El tener suficiente talento para interpretar caracteres varios y fingir pasiones que no se sienten, ¿es causa bastante para ser juzgado como paria, que debe vivir al margen de la sociedad? Aun no han transcurrido muchos lustros desde que se clasificaba a los actores entre los vagabundos y los ladrones, obligándolos a vivir en determinados barrios, como si fueran apestados, cuyo contacto pudiera perjudicar al resto de la ciudad.

Si en un pueblo se cometía un crimen, y habían tenido la desgracia de pasar por allí algunos faranduleros, se les detenía como primera providencia, aunque nada justificara el que las sospechas recayeran sobre ellos. Como inmerecida condescendencia, se les otorgaba permiso para divertir a nobles y plebeyos, prodigándoles silbidos y denuestos si no acertaban a complacer al auditorio.

Aun no hace mucho tiempo, que si en una familia de las

llamadas «bien» salía algún hijo con afición al teatro, los padres cogían el cielo con las manos, y exclamaban en el colmo de la consternación:

—¡Esa no es una carrera para personas decentes!—

Y si el futuro actor mantenía sus deseos con firmeza, su conducta se consideraba como un baldón para la familia, y ninguno de sus miembros volvía a pronunciar su nombre.

Mucho han cambiado las costumbres. ¡Quién lo duda! No obstante, persiste la creencia general de que todo cuanto se relaciona con la escena o la pantalla, no es propiamente trabajo, sino alegre pasatiempo propio de gente bullanguera y despreocupada.

Como confirmación de este aserto, citaremos una anécdota recientemente ocurrida a Fredric March, uno de los más jóvenes galanes de los «movies».

Unos cuantos muchachos de la capital, en viaje de vacaciones, llegaron a Hollywood, personándose en el Studio con la pretensión de ver a su antiguo compañero de colegio.

Justamente March acababa de salir del escenario, donde había pasado catorce horas trabajando sin interrupción ante el objetivo...

Sus fuerzas estaban agotadas... Los amigos que venían frescos y bien alimentados, le recibieron con algazara, dándole fuertes empujones en el fatigado cuerpo, y uno de aquellos, poniéndose grave, le dijo:

—Y bien, Fred, ¿cuándo piensas hacer algo de provecho? Ya es hora de que dejes esta vida de gandul y te apliques al trabajo.—

Si un actor contrae deudas, todos se encogen de hombros, diciendo despreciativamente:

—¿Qué se puede esperar de un cómico?—

Y si una actriz tiene amores, el obligado comentario suele ser:

—¡Vaya usted a pedir decencia a la carne de tabla!—

Los que viven para interpretar sentimientos ajenos, habitan perpetuamente en una casa de cristal, cuyos transparentes muros dejan penetrar en todo momento las miradas del público sin permitirles tener un solo rincón reservado para las intimidades que en los demás seres son respetados. Si un periódico descubre que al mundo le interesa conocer la postura en que Greta Garbo duerme, no faltará algún intrépido reportero que escale el balcón de la estrella, para satisfacer

Reciente retrato de la admirada actriz JUNE COLLYER.



6215781

COPIES AVAILABLE

la curiosidad pública. Hay quien pretende que los actores abrazan esta profesión, porque siendo de mentalidad inferior a la del resto de los mortales, necesitan compensar esta deficiencia apropiándose ideas y sentimientos que no son los suyos, y hechos que nunca han llevado a cabo. Otros sostienen que la gente de teatro, por el mero hecho de serlo, demuestra una vanidad y presunción tan inconmensurables, que para satisfacerlas necesitan estar en constante exhibición y observados por miles de ojos.

Suponiendo que ambas opiniones sean exactas, el hecho es el mismo: son una raza aparte y su vida nada tiene de común con la nuestra. Hasta la antiquísima institución del matrimonio toma entre ellos caracteres especiales.

La graciosa Blanca Sweet, afirma, según sus íntimos, que los matrimonios entre artistas de la pantalla carecen forzosamente de raíces, porque no pueden crearse costumbres. Sin tiempo para echar los cimientos de un hogar, la vida conyugal es imposible a la larga.

La maternidad es un lujo que pocas veces puede permitirse una actriz, y para ellas la cámara tiene más importancia que la cuna. Bien dice Iván Lebedeff en sus «Memorias íntimas».

«Cuando nos dedicamos al teatro, entregamos al público una parte de nosotros mismos.»

Y tiene mucha razón.

Los amores entre ases y estrellas del «screen» no son cosa suya, pertenecen al público aun más que a los interesados. Si Bebe Daniels y Ben Lyon se hubieran llamado Pepa Martínez y Juan Fernández, nadie, salvo algunas vecinas chismosas, habría observado el curso de sus relaciones amorosas, pero siendo artistas y conocidos por añadidura... ¡Ah!... Entonces todo el mundo tiene derecho a enterarse; una ríñda motivos para llenar un par de columnas en los diarios, y la reconciliación es trompeteada por la prensa hasta en los más remotos lugares.

El público los paga en buena moneda, y quiere enterarse de todo; es algo así como si hubiera comprado participaciones de su persona, y se creyera con derecho a todos los dividendos.

Ni aun ante la muerte son como los demás. Si en la casa de un actor ocurre una desgracia, éste no tiene derecho a encerrarse con su pena, privando a los espectadores del espectáculo de su dolor, y si el muerto es el mismo artista, reciente está en la memoria de todos la irrupción del público en la cámara mortuoria del malogrado Rodolfo Valentino.

Como se trataba de un actor, a nadie se le ocurrió protestar de la profanación que supone el penetrar en una capilla ardiente como si fuera una plaza de toros.

El convertir a un muerto en objeto de curiosidad era cosa corriente, puesto que el muerto se llamó Rodolfo Valentino.

Otro ejemplo no menos elocuente: cuando el esposo de Mary Astor sufrió la rápida y trágica muerte que es patrimonio de los aviadores, la prensa exigió a la joven viuda una circunstanciada relación de las sensaciones que le produjo la desgracia. ¡Vaya!...

El público se habría considerado defraudado si la pobre mujer se hubiera atrevido a encerrarse en la soledad y el silencio, como si fuese una viuda vulgar.

Actores y actrices no se pertenecen, son propiedad de todos...

No pueden ser juzgados por las leyes ordinarias los que viven en circunstancias tan excepcionales; no pueden casarse como se casa otra gente; no tienen vida privada, ni aun para el amor, ni la muerte. Viven perseguidos por constantes demandas de dinero, de papeles o de matrimonio. Cualquiera desconocido se cree con derecho para hacerles perder tiempo en el teléfono o exigirles fotografías con autógrafo. Lo dicho... son una raza aparte.

M. R. Rosi

Wynne Gibson,
nueva artista de
la Paramount.



El - JB



En el «boudoir» de la bella condesa, Rodolfo, el falso peluquero, acariciaba con sus manos pecadoras los atormentadores bucles de oro de Elena, y cual Teseo donjuanesco, sentía irresistibles tentaciones de robarla. Era la última vez que Rodolfo representaba aquella comedia impropia de su apellido y de su dignidad de hombre. A las recriminaciones de Elena por haberse atrevido a marcharse sin despedirse, Rodolfo contestó de esta manera:

—Señora: como peluquero tengo interés en que vaya esta noche a la Ópera. Le arreglaré el cabello como nunca lo hice. La pondré a usted hermosísima y cuando ocupe el palco con el duque Otto, todo Monte-Carlo admirará su belleza; las mujeres la envidiarán y preguntarán por el famoso peluquero que la ha embellecido.

—¿Quiere usted hacer de mí un anuncio? — preguntó, indignada, Elena.

Y en su desesperación se desarregló el cabello, y haciendo horripilantes muecas, presentó un aspecto distinto del que tenía hacia unos minutos.

—¡Así es como iré a la Ópera para que todo el mundo me vea! — exclamó, exasperada. — ¡Y diré que usted me ha puesto así para que las rubias, las morenas y las pelirrojas le aborrezcan! —

Terminó el primero y segundo acto de «Monsieur Beaucaire» y en el palco que debía ocupar la condesa Elena Mara, hacia más de una hora que se hallaba esperando al duque Otto.

—¿Se habrá escapado otra vez? — se decía en su fuero interno.

Mas he ahí que al comenzar el tercer acto apareció en el palco la gentilísima condesa Mara, más hermosa y encantadora que nunca.

—¿De qué trata la ópera? — preguntó con acento displicente Elena.

—Trata de un peluquero que se había pasado por el noble Beaucaire — replicó temeroso el duque Otto.

—¡No me hables de peluqueros!

—¿Qué culpa tengo yo? Yo no he escrito la ópera. ¿Quieres ir a otra parte? — Mientras tanto, en el escenario, Beaucaire era objeto de la burla de todos.

«¡Damas y caballeros, — pajes y escuderos, — el barbero Beaucaire, — no es tal Beaucaire — ni es barbero!»

En el entreacto, aprovechando un descuido del duque Otto, Rodolfo se presentó en el palco de Elena impecablemente vestido de frac, tal como lo viera por primera vez la condesa ante la ruleta del Casino la noche siguiente a la de su llegada a Monte-Carlo.

—Dígame bajo palabra de honor, ¿es usted peluquero? — preguntó la condesa, curiosa e intrigada.

—No. Soy el conde Rodolfo Farriere.

—Me siento tan tonta como la mujer de la ópera — repuso, confundida, Elena.

Y en seguida añadió:

—Rodolfo, ¿podrás perdonarme alguna vez?

—No hay nada que perdonar. —

El público, entusiasmado, ovacionaba a los intérpretes de la ópera, obligándoles a salir veinte veces, a agradecer los aplausos con que era premiada su refinada labor artística.

—No me gusta este final... Me gustan los finales felices — exclamó Elena mientras Rodolfo la ayudaba galantemente a envolver su delicioso cuerpo con el abrigo de immaculado armiño.

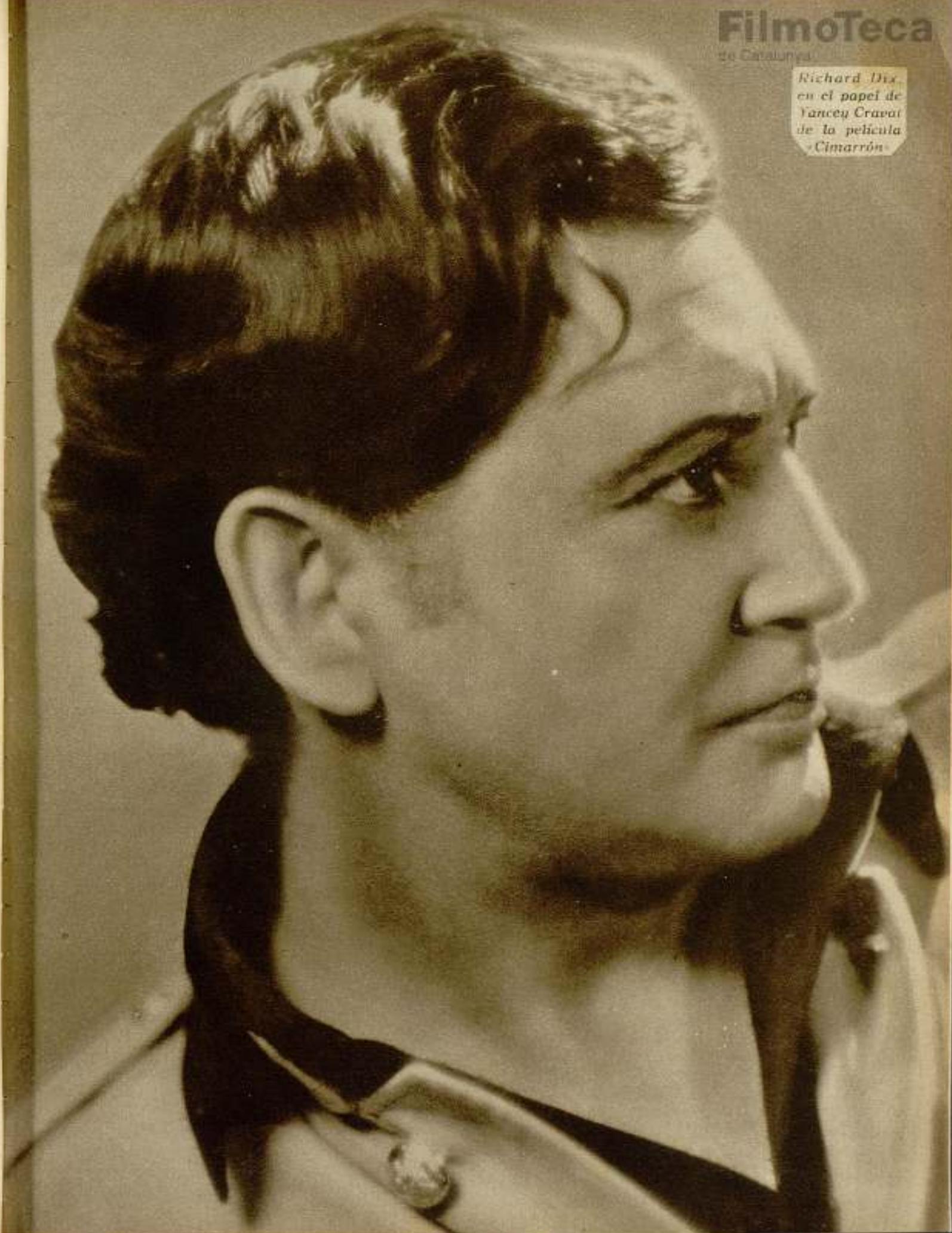
A primera hora de la mañana siguiente, de la estación de Monte-Carlo partía un tren. Por entre las brumas del Mediterráneo azul, la roja aurora anunciaba el nacimiento de un nuevo día. En uno de los compartimientos del tren de lujo, dos seres, unidos por el amor, repelían la canción:

Tras el horizonte azul — espera el nuevo día. — Tras el horizonte azul — ya resplandece el sol.

FilmoTeca

de Catalunya

Richard Dix
en el paper de
Yancey Cravat
de la pel·lícula
«Cimarrón»



WU-LI-CHANG, película «Metro-Goldwyn-Mayer», estrenada en el «Femina», con el siguiente reparto: Wu-Li-Chang, Ernesto Vilches; Alfredo Gregory, José Crespo; Nang Ping, Angellita Benitez; Mrs. Gregory, Marcela Nivón; Mr. Gregory, José Soriano Vlosca; Ah Wong, Una Mita; Mr. Holman, Martín Garralaga; Hilda Gregory, Mara del Sobral.

Por una carta de Ernesto Vilches que, no hace mucho, se dió a la prensa, conoce ya el público las deficiencias — deficiencias de bastidores adentro — que tiene esta producción de la «Metro». Según leímos entonces, el trabajo del eximio actor español está parcialmente coartado por las imposiciones del director, y el ambiente oriental no está, ni mucho menos, plasmado con la hierática pompa que le hubiese querido dar el mismo Vilches.

«Wu-Li-Chang» no ha sido presentado al público de Barcelona hasta ahora, pero en el orden de producción es algo más antiguo que otros films retirados ya del programa. Y, en efecto, así ha de ser para comprender por qué esta película es inferior, en ciertos detalles, a películas que hace tiempo hemos visto de la misma casa «Metro».

Tanto es así, que, en muchos momentos, se nos antoja que «Wu-Li-Chang» no es más que un ensayo para poner a prueba la disposición artística de los elementos españoles que se han incorporado al cine hablado. Esta impresión parece, además, confirmada por la poca amplitud dramática que se ha dado a la venganza del chino famoso, así como por la simplicidad teatral con que está desarrollada la acción, en evidente contraste con el ambiente puramente cinematográfico que tenía el «Mister Wu» que, unas temporadas atrás, nos presentó Lon Chaney.

En cuanto a Vilches, aun siendo su mister Wu un tipo propiamente creado a la luz de las candilejas, nos parece mucho menos teatral que en la interpretación de «Cascarabias», tipo creado precisamente para el marco de la cámara cinematográfica.

DOLORS BALETA

MONTÉ-CARLO, película «Paramount», estrenada en el «Coliseum», con el siguiente reparto: Condesa Elena Mara, Jeanette Mac Donald; Conde Rodolfo Farriere, Jack Buchanan; Duque Otto Von Lirbenheim, Claude Allister; Berta, Zasu Pitts.

Si para juzgar esta novísima producción «Paramount» nos situáramos en el plano del crítico intransigente, necesariamente habríamos de decir cosas de ella que en nada coincidirían con las que pudiéramos decir si nos situáramos en el plano menos exigente del simple espectador.

Esto es tanto como decir que «Monte-Carlo» no puede rechazarse como una obra de menor cuantía, ni puede, tampoco, elogiarse como obra culminante en un orden determinado de producción cinematográfica. La ambigüedad en el juicio es manifiesta; pero así es también la realidad del film que acabamos de ver.

Si, como decíamos, sólo fuésemos críticos severos e inflexibles, escudriñadores de todo lo endeble de una obra — sea ésta del orden que sea —, habríamos de poner de manifiesto la insubstantialidad de una cinta como «Monte-Carlo». Veríamos únicamente lo absurdo de cómo se van desarrollando los episodios para llegar a la tontería de que toda una dama aristocrática se enamora perdidamente de un astuto peluquero.

Se nos vendría entonces a flor de pluma, con toda la fuerza de la inconveniencia, la exageración de la nota de opereta que domina en toda la cinta, exageración puesta de manifiesto en los gestos premeditadamente teatrales de los coros y en el exceso de fragmentos cantados, como si el único propósito del director hubiera sido hacer una película para explotar la voz de los cantantes.

Veríamos asimismo, sobre todo al llegar al fin de la película, que «Monte-Carlo» no pasa de ser una película mediocre, sin que la música aporte gran atractivo ni la emoción de la fábula nos llegue a seducir. Y deduciríamos, en fin, que esta producción no es ni más ni menos que un intento de seguir explotando el éxito de «El desfile del amor», con su ambiente de opereta vienesa, sensiblemente transformada por la influencia del «vaudeville» francés.

Pero — claro está; ya lo hemos dicho — también podemos situarnos en el punto de vista del simple espectador, con toda su despreocupación por los altos principios de la crítica, y entonces nos parecería muy natural decir que «Monte-

Carlo» nos ha proporcionado un buen rato de solaz, sin esfuerzos de la mente ni cansancio de los sentidos. Entonces se nos vendrían a la memoria aquellas escenas, tan graciosamente concebidas, que con frecuencia bordean, y aun sobrepasan, los límites de lo irónico y lo picaresco.

Entonces nos deleitaríamos con el recuerdo de la voz dulce y flexible de Jeanette y la llena y varonil del simpático Buchanan. Recordaríamos asimismo, en el orden complementario, el gracioso tipo del viejo duque, defraudado una y otra vez en sus pretensiones amorosas; el de la doncella comprensiva que, en el derecho a flirtear, se considera tan señora como su ama; el del peluquero relamido y atildado que se deja fácilmente suplantar en la comprometida función de peinar a la condesa.

Sin embargo, sobre todos esos detalles que, en un aspecto, divierten al espectador y, en otro, exasperan al crítico, tiene algo «Monte-Carlo» que se escapa a la general percepción de unos y otros. Algo indefinible que es origen y explicación de esa ambigüedad de juicio que hemos consignado al principio. Ese algo está diluido en toda la obra, descubriendo a cada momento la mano de un director magistralmente bregado en los artificios de la cámara. Difícilmente podríamos hallar una sola escena que no destaque por esa pureza fotográfica que Lubitsch sabe combinar, como ninguno, con su técnica personalísima y aventajada.

Impero, sobre todos los aciertos de dirección, merece ponerse de relieve el magnífico acoplamiento de la fotografía y el sonido; cuando se combina el canto de Jeanette con el ritmo trepidante del tren, hasta producir un efecto de imponderable dinamismo artístico. Es un canto sublime del espíritu y del artificio material que, al difundirse por el amplio ambiente de la naturaleza, se resuelve estupendamente en una visión fotográfica del paisaje monegasco... Una maravilla — dinámica y genial — de lo que hasta ahora ha producido la sincronización cinematográfica.

L. C. R.

CAMINO DEL INFIERNO

(Continuación de la página 1)

reparando todo lo que pueda ser reparado. Algún tiempo después la pareja vive feliz en una plantación de Honolulu. Pero misteriosamente, en la hacienda vecina, aparece el capitán Traves, que, en ausencia de Esteban, se dedica a enamorar a Angela, infiltrándole primeramente la desconfianza hacia su esposo, haciéndole creer que éste, regenerado, se va a ir solo a casa de su padre porque siente ahora vergüenza de haber desposado a una mujer encasgada en el vicio.

Cuando Esteban vuelve, Angela finge estar bajo la influencia del opio y le dice que sólo la verdadera regeneración puede unirlos, que el día en que vuelvan a caer en el vicio será una prueba evidente de que su amor ha muerto y le confiesa que ella ya no le ama, que el vicio ha sido más poderoso que su amor, que la deje hundirse y perderse en la dicha de los paraísos artificiales.

Esteban, desesperado ante aquellas palabras, pega violentamente a su mujer y con gran sorpresa ve desaparecer de Angela las huellas de la droga, y que con la cara inundada de felicidad le dice:

— Ahora veo que sí es real y verdadero tu amor. —

Reconciliados para siempre regresan a Nueva York, en donde, después de una serie de escenas que aclaran muchas situaciones oscuras, termina triunfalmente esta producción de sentimental y dramática emotividad.

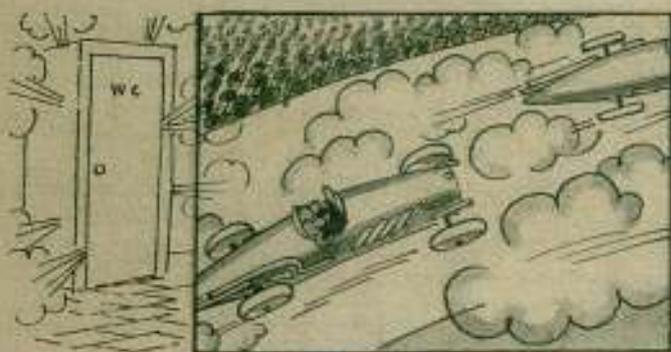
Cómo se hacen sonoras las Actualidades Prot



Frotando unas hojas de papel de lija se obtiene un magnífico ruido de agua.



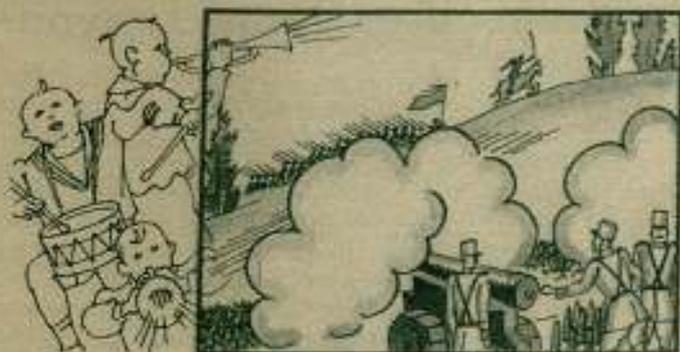
Un imitador de animales lanza unos magníficos rebuznos en el momento de la cria asnal.



Para las carreras de autos se dispone de un pequeño gabinete imitador de los escapes abiertos.



Un loro conocedor de varios idiomas sirve para los oradores.



Para las maniobras militares se reclutan todos los vástagos de las stars.



Una gran cantidad de cerámica da el ruido para la fabricación de vasijas en Africa.



En la cacería del león una trompa y unos buenos pulmones causan escalofríos al auditorio.



El chillido de un perrito lanza los gritos de dolor en un siniestro.



Jeanette Mac Donald

Contiene 30 preciosas fotografías en hincogrado de Jeanette Mac Donald y toda la verdad de su vida y su arte.

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

En todas las papelerías y quioscos o enviando su importe en sellos de correo a **EDITORIAL GRÁFICA, Rambla de Cataluña, 66, Barcelona**

ESTAMPAS DEL CINEMA

Publicación Artística Aparece los sábados

Contiene ocho grandes fotografías sueltas en cartulina, tamaño 20 x 15 cm., reproduciendo las más importantes escenas de cada película y completo argumento.

PRECIO: CINCUENTA CÉNTIMOS

Están puestas a la venta las siguientes películas: ROMANCE, por Grete Garso; DEL MISMO BARRIO, por Mena María; EL GRAN CHARCO, por Maurita Chevalier; LADRON DE AMOR, por José Mejías; SIGUEME CORAZÓN, por Nancy Carroll; EL DIOS DEL MAR, por Ramón Pareto; HORIZONES NUEVOS, por Carlos Guerrero; SEVILLA DE MIS AMORES, por Ramón Reyero; LAS LUCES DE LA CIUDAD, por Charles; SU ROCHE DE BODAS, por Imperio Argentina; MONTE CARLO, por Jeanette Mac Donald; LIDIUM, por Charles Farrell y LA BARCELLESA, por Laura La Plante.

En todas las papelerías y quioscos o enviando su importe en sellos de correo a **EDITORIAL GRÁFICA, Rambla de Cataluña, 66, Barcelona**



Depilatorio PERLINA

NOVEDAD CIENTÍFICA

EXENTO DE OLORES DESAGRADABLES

EXQUISITAMENTE PERFUMADO

Biasco-Barcelona

Tarro, 3 ptas. Sobre, 0'50 "

TINTURA MARTHAND

DE POSITIVOS Y RAPIDOS RESULTADOS



Tiñe las CANAS

con una sola aplicación, dejando el pelo con el más hermoso negro natural. No contiene sales de plata, cobre ni plomo.

Caja pequeña . . . 4 ptas.
Caja grande . . . 8 "

DE VENTA EN PERFUMERÍAS Y DROGUERÍAS

VUESTRA BELLEZA

No hay que dar importancia al espejo, dice Janet Gaynor

La que aspira a ser considerada como bella, sólo porque tiene una cara bonita, está sumamente equivocada. Rostro oval perfecto, ojos grandes, luminosos y cercados de rizadas pestañas, cuello de cisne, labios como estuches de grana para las perlas de los dientes; todo esto hace a una mujer hermosa.

Cuando pienso en la belleza de una mujer, inmediatamente formo una imagen mental en la que el rostro no aparece como algo en sí, sino como parte de un todo, que es la personalidad del individuo. Estoy convencida de que hay una virtud interior que hace más por la belleza que cualquier aspecto físico. Tal virtud es lo que da la gracia.

Dire primero una cosa muy sabida, la mujer bonita que sólo piensa en su hermosura y está frente a su espejo todo el día, acaba por encerrar su alma dentro de la pequeñez que engendra el estar siempre pensando en uno mismo. De ahí que haya tanta mujer bonita y a la vez tonta.

Mientras se producía la película «Cuatro diablos», dirigida por ese genio cinematográfico F. W. Murnan, yo tuve que hacer un ejercicio enorme por figurar

como artista de circo. Trapecios, barra, anillos, cuerda floja. Jamás me he sentido tan equilibrada, tan ecuaníme como entonces, por el estado a que me conducía el esfuerzo físico. Y mister Murnan ha dicho que aparezco en «Cuatro diablos» como en ninguna otra película. De ahí que yo exclamé: vida física, mucha vida física; y desde entonces tengo un itinerario bien fijado para mi vida diaria.

No pensar en cosas desagradables y repulsivas; cuando éstas llegan a mi mente las desecho, tratando de pensar en cosas gratas.

Procurar tener la mente en paz teniendo confianza en el futuro. La tristeza no es otra cosa que dudar del futuro. Y dudar del futuro es tener un complejo de inferioridad. No debe pensarse jamás en que uno es inferior.

Cuando estoy entre la multitud hago un esfuerzo para aparecer natural. Tanto más que a mí no me parece que una «estrella» del cine deba creerse un ser especial.

Jamás me aterroriza lo que dicen los demás; creo que cada ser puede encontrar en la vida un nicho en el cual pueda acomodarse, a pesar de otros. Esta

creencia es la que me ha permitido tener éxito.

No darle al espejo más importancia de la que realmente tiene.

No leer novelas de crímenes ni libros sobre fisiología y psicología del amor. Estos últimos siempre acaban por inculcarle a uno la creencia de que uno es un ser anormal, si no por sí mismo, por sus padres o por sus abuelos.

Vivir para el día de hoy, vivir intensamente cada hora, cada minuto, cada segundo. Tener júbilo; considerar a la muerte como algo natural.

Amar la amplitud de horizontes: el campo, el mar, las montañas. Amar la Naturaleza en todas sus manifestaciones. Reconcentrarse en uno mismo antes de dormirse. Tener el espíritu alerta.

Sólo así se puede adquirir esa virtud interior que anima el cuerpo y que puede hacer de una cara imperfecta la más adorable del mundo. Y esa virtud jamás se pierde, nunca envejece. ¿Por qué Fanny Ward, a los sesenta años, parece una muchacha de veinticinco? No lo debe exclusivamente a la higiene; es que Fanny parece haberse desposado con una alegría inextinguible de vivir.

— Estoy en cama con un resfriado muy fuerte — contestó la otra, que vivía en la parte elevada de la ciudad —. Si hubiese podido salir, habría ido a verte, pero apenas me muevo empiezo a estornudar. Ojalá me encontrase en California, y no aquí. No he tenido más remedio que telefonarte. Oye, querida, ¿sabes algo acerca de nuestro común amigo? —

«Nuestro común amigo» era Pablo di Salvano. Lil había avuado muchas veces a su amiga a fin de encontrarse con él o para recibir cartas de éste después que Miles hubo regresado de Francia, e Isabel hizo los mismos favores a su amiga con respecto a otros hombres.

— Hace algunos días que no sé nada de él — confesó Isabel de mala gana, porque sufría su vanidad al tener que admitir que carecía de noticias de su «hermoso italiano». — Lo último que supe era que se hallaba enfermo, con la gripe o algo parecido; además, estaba de malas.

— Tal vez entonces estuviese enfermo — replicó la voz a través del teléfono —, mas si es verdad lo que me han dicho, y temo que lo es, nuestro amigo está bueno por completo.

— ¿Qué te han dicho? — preguntó Isabel sintiendo un escalofrío y comprendiendo que fué verdadero su presentimiento.

— Acaba de salir Catalina Lambert, que ha venido a verme — dijo Lilia.

Después de pronunciar estas palabras, hizo una pausa, de modo que Isabel tuvo tiempo de pensar antes de hacer otra pregunta.

Catalina Lambert era la esposa divorciada del presidente del «Club del Hilo Eléctrico», que tan buenos ratos proporcionó a Isabel en Los Angeles y en días más felices que los actuales. La señora Lambert era natural de California y parienta lejana de los Callahan. Aunque no pertenecía a la mejor sociedad de Nueva York, estaba casi en el borde de ella, a causa de su dinero y de su belleza, e hizo cuanto le fué posible para in-

troducir a Rosa Callahan en los círculos elegantes.

Isabel se estremeció mientras, de mala gana, iba atando cabos. Sin duda, Lil se disponía a referirle algún chisme horrible acerca de Rosa y de Paolo. Estaba ya dispuesta a no creerlo, pero...

— ¿Y qué más? — preguntó ante el aparato.

— ¿Sabes que los Callahan se han marchado a Europa? — replicó Lil.

— No. Además, no me importa. — Se marcharon en el «Caronia», hace dos semanas, con rumbo a Argel.

— Por mí pueden quedarse allí si quieren.

— Y Pablo di Salvano ha salido tras ellos, aunque tomando un camino más rápido. Se embarcó en el «Aquitania», en dirección a Cherburgo, para ir a Marsella, y desde este último puerto los barcos tardan veinticuatro horas en llegar a Argel.

— Estoy segura de que no se ha marchado. No lo creo.

— Puedes estar convencida, querida mía. Y te lo digo por tu bien, porque peor sería que lo oyese de labios de otra persona. Además, todo el mundo lo sabe. Si yo no estuviera en cama, me habría enterado mucho antes. No comprendo cómo alguna amiga cariñosa no te lo ha dicho ya. Supongo que les habrá faltado valor para hacerlo. Pero hay otra cosa bastante peor. ¿Quieres que te lo diga, o...?

— Sí, sí — contestó Isabel jadeante —. No me tengas en esta incertidumbre, ¡por el amor de Dios! ¿Acaso Paolo se ha ahogado o ha muerto en un accidente ferroviario o qué?

— Hija mía, es horroroso, mas lo cierto es que se han casado, quiero decir Paolo y Rosa.

— ¡No es posible! — exclamó Isabel con voz gemebunda.

— Por desgracia es así. Claro que se casaron en secreto, porque... Parece que al principio el viejo Samuel se irritó mucho con Salvano, pues había oído algunas cosas acerca de él que hicieron desaparecer su entu-

invitado de Tony Lambert, el presidente del club llamado «Club del Hilo Eléctrico», según lo bautizaron. Hubo algunas noches agradabilísimas en que se entregaron al opio. Ella y Paolo soñaron juntos y compararon sus sueños. Y él fué quien, por vez primera, le clavó en el brazo la aguja hipodérmica. Luego no permitió ya que nadie más lo hiciera. La segunda vez le besó el brazo y este fué el principio de su historia amorosa con el italiano. Más tarde, cuando los dos estuvieron en Nueva York, una o dos veces y en el piso amueblado que Paolo tenía alquilado, repitieron la exquisita escena. Ello fué causa de que su amor por el «hermoso italiano» llegase a parecerle dulcísimo, mas los amigos de Isabel le dijeron que tenía mal aspecto y ella misma pudo notar que sus ojos estaban desecados cuando sentía la necesidad de tomar coquina. Tan sólo su temor de perder la belleza le hizo abandonar la costumbre de la cocaína y casi ya no se acordaba de ella cuando Miles emprendió su viaje hacia el Mediterráneo.

Tenía entonces todo lo necesario para ser feliz y muy pocas cosas que le preocupasen. Lo único que le molestaba eran las exageradas precauciones de Paolo.

Después de la escena con su marido, Salvano pasó algún tiempo sin dejarse ver, y aunque Isabel le escribió diciéndole que el asunto se había arreglado amistosamente, él iba a verla muy pocas veces y jamás la invitó a ir a su casa. Le dijo que sería peligroso para ella; desde luego tenía razón, si bien con un poco más de iniciativa no le habría sido difícil encontrarse algunas veces en alguna otra parte.

En vez de hacer eso y con objeto, según le dijo, de que la gente no sospechara cosa alguna, dejaba que le viesen con frecuencia en compañía de Rosa Callahan. A Isabel le inspiraba odio aquel *camouflage* y casi se sentía enferma cuando sus más queridas enemigas le hacían observar que había salgo entre Rosa y Salvano.

Al principio, Samuel Callahan parecía tan complacido como su hija de las atenciones del príncipe Pablo di Salvano para con Rosa. Pero entonces circularon algunos rumores maliciosos contra la conducta del Príncipe en Nueva York. Algo empezó a decirse en Los Angeles y resultaba bastante desagradable. Luego se habló de su *livit* con Isabel; y tal vez Callahan era bastante anticuado para que no le gustase el hecho de que los pretendientes de su hija hiciesen el amor a las mujeres casadas. Isabel no podía evitar la idea de que Paolo se alejaba de ella para complacer al viejo Callahan, y en tal caso era de creer que pensaba seriamente en Rosa.

Cuando se marchó Miles, Isabel pasó diez o quince días como en el cielo. No porque viese con frecuencia a Paolo, sino porque cuando le veía, se mostraba adorable, como en los primeros días de su amor. Una noche, sin embargo, recibió una impresión muy desagradable, cuando él le preguntó a boca de jarro: «¿Qué alimentos te va a pasar tu marido?» Mas eso era muy italiano. Los latinos tienen la costumbre de hacer tales preguntas, que entre ellos carecen de importancia; además, Paolo había ido a Norteamérica en busca de una mujer rica; veíase obligado a eso, porque su padre, el duque de Almara, no tenía más que tierras y palacios que dejar a su hijo.

Después de esos quince días de felicidad siguieron otros llenos de inquietud. Paolo escribió diciendo que estaba enfermo; que no podía salir, ni siquiera para ver a su amor, y que ella no debía ir a visitarle. Luego unas líneas de Isabel quedaron sin contestación, y sus llamadas telefónicas no tuvieron más resultado que el de hablar con un criado muy poco explícito. Al fin, ya asustada, y sin fijarse en las consecuencias, la señora Sheridan fué una noche al piso de Paolo. Nadie respondió a su llamada. Bajó a pie la escalera desde el piso tercero, sin esperar el ascensor, y preguntó al portero si el Príncipe estaba peor. El buen hombre se quedó sorprendido y le dijo que, según te-

na entendido, el Príncipe gozaba de buena salud, y que hacía ya dos días que se había marchado, si bien ignoraba dónde.

El corazón de Isabel tuvo un presentimiento funesto. No se había atrevido a ir en su propio automóvil, sino que tomó un taxi, y en el mismo vehículo se volvió a casa, incapaz de pensar, pues únicamente podía sentir. Al llegar al *hall* de su casa, en donde entró casi sin ver en dónde

ponía los pies, encontró dos cartas procedentes del extranjero. Los sellos de correo le causaron profunda impresión, pero ninguno de aquellos dos sobres había sido escrito por Paolo. En uno reconoció la poca interesante caligrafía de la señorita Carolina Sheridan, que a veces fastidiaba a su sobrina política con su correspondencia, aunque no se conocían; y en cuanto a la escritura del otro sobre, no pudo reconocerla,

CAPÍTULO XXXII

AARRASTRANDO los pies, Isabel se encaminó hacia su *boudoir* llevando las cartas en la mano. Ya que no eran de Paolo no le importaban cosa alguna; sin embargo, abrió maquinalmente el sobre de la señorita Carolina Sheridan. Esta tenía una villa en Menton y sin duda el «Silverwood» debió de echar anclas en algún puerto de la Riviera, ya fuese en Cannes, en Niza o en Mónaco antes de que aquella carta hubiese sido echada al correo. La paguata y vieja Carolina vió u oyó algo que la escandalizó y que quizás hubiese sido gracioso para otra persona cualquiera.

Mientras los ojos de Isabel recorrían las líneas de patitas de mosca de la carta escrita el día en que Miles llegó a Monte-Carlo, sus labios se distendieron en sarcástica sonrisa. «Julietta Divina demasiado atractiva», «Modales modestos». ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!... «Que Miles la trataba caballerosamente, a juzgar por las palabras de la señora Harkness. ¡Qué escandalizada estaba! Esas solteronas religiosas y entrometidas son muy cómicas.

Isabel no había visto nunca a la señorita Sheridan, pero Miles le describió a su tía diciéndole que era bondadosa y muy divertida. Y, en realidad, al leer aquella carta le pareció contemplar a la marchita solterona que creía suficiente su indica-

ción para que la arrepentida y abandonada esposa fuese a arrastrarse humildemente, atravesando medio mundo, para reclamar a su marido. Y en cuanto a la insinuación de que Miles, escaldado como estaba todavía, quisiera casarse con una mujer como Julieta Divina, resultaba demasiado absurda. Cada uno de los párrafos de la carta de la vieja Carolina era más ridículo que el precedente.

A pesar de eso, así que hubo leído hasta el final, Isabel se sintió más irritada que distraída por aquella misiva.

La alusión a la juventud de Julieta Divina era muy molesta. «Esta muchacha es mucho más joven que tú, mi querida Isabel», decía la señorita Sheridan, «así como una formidable rival, por lo que respecta a su belleza, con la mujer más hermosa que se puede imaginar. Y tú, que hace ya años que estás casada, sabes mejor que yo cómo son los hombres.»

«Es una vieja impertinente», pensó Isabel. «Podía haber cuidado de sus asuntos, en vez de proporcionarse toda esta molestia. A te que le agradezco el haberme dicho que Julieta Divina es mucho más joven y bonita que yo. Eso se debe a su envidia y a su despecho, propio de solterona. Hace, también, muchos años que oigo hablar de «La Muñeca del Millón de Dólares». Estoy segura de que tiene

tantos años como yo, eso suponiendo que no sea más vieja. Es verdad que en escena resulta muy guapa. La recuerdo, porque un día en el teatro me la enseñaron. No sé cuál era la representación. Me gustaría verla al natural y sin pintar. Entonces sabríamos cómo es. En cuanto a esa vieja, es una loca y una imbécil.»

Ninguna importancia tenía el ser mujer de veintiocho años. Precisamente entonces se encontraba mejor que nunca y parecía una jovencita. Pero en aquellos momentos, añadió para sí yendo a mirarse a un espejo de cuerpo entero y con marco de plata, no estaba nada bien. Paolo era muy cruel al tenerla tan preocupada. Aunque resultaba tanto inquietarse por cosa alguna, porque los italianos son así. Cruces, y, al mismo tiempo, muy guapos. Son como panteras que tuviesen la piel de seda. Es necesario hacerse cargo. Aquella crueldad de pantera era, desde luego, una parte de su atractivo. Los hombres guapos como Paolo lo sabían y les constaba que estas cosas, cabalmente, contribuían a que las mujeres se entusiasmaran con ellos. Era niños mimados que se dejaban dominar por su temperamento. Jamás podía adivinarse nunca lo que harían. En cambio se hacían amar y sabían hacer el amor como ninguno. Era indudable que Paolo escribiría, o bien le enviaría noticias por telégrafo o teléfono dentro de uno o dos días. Le diría, como en otras ocasiones, que estaba de muy mal humor y que tuvo necesidad de salir de Nueva York para recobrar la alegría. Eso ocurrió ya otras veces y estaba segura de que acabaría tomando cocaína, aunque poco antes él le dijo que ya iba perdiendo tal costumbre. Además, esperaba que le rogase fuese a verlo para ayudarle a recobrarla. Ya lo hizo una vez y la cosa resultó encantadora. Isabel se alegró al recordarlo y al revivir con la mente la expresión amorosa que hubo en los ojos de Paolo. Los tenía magníficos y además unas cejas y unas pestañas bellísimas. Era ojos demasiado hermosos para un hombre.

Isabel se miró de nuevo al espejo,

y al pensar en cómo se había portado Paolo en otras ocasiones y en que ahora volvería a ser el mismo, se alegró, diciéndose que aun era bonita y joven.

En el suelo y donde la tiró, estaba aún la carta de la señorita Sheridan. Isabel se inclinó para recoger las dos hojas de delgado papel extranjero, disponiéndose a echarlas al fuego de leños que brillaba en el hogar, observar cómo ardían, y olvidarse luego de aquella carta. Al lado de las dos hojas sueltas y del sobre roto vió otro sin abrir. Entonces se acordó de él. Sin duda se le cayó al ponerse en pie para mirarse al espejo. La escritura parecía propia de un hombre, y el sello, según vió al examinarlo de cerca, reproducía la cabeza del príncipe de Mónaco.

— Más noticias de Miles y de la hermosa Julieta Divina, procedentes de alguna alma bien intencionada — dijo con acento irónico y casi en alta voz, en el momento de rasgar el sobre.

La hoja de papel tenía grabadas en la parte superior dos líneas que decían: «Hotel de París, Monte-Carlo.»

Isabel empezó a leer y vió que la carta comenzaba diciendo:

«Distinguida señora Sheridan:»

Pero como no reconociera el carácter de escritura, volvió la página para mirar la firma y en aquel momento se oyó el timbre del teléfono.

— Eustaquio Nazlo... Eustaquio Nazlo... — se repitió mientras se levantaba del blando sofá para coger una muñeca vestida de rusa, que ocultaba el receptor del aparato.

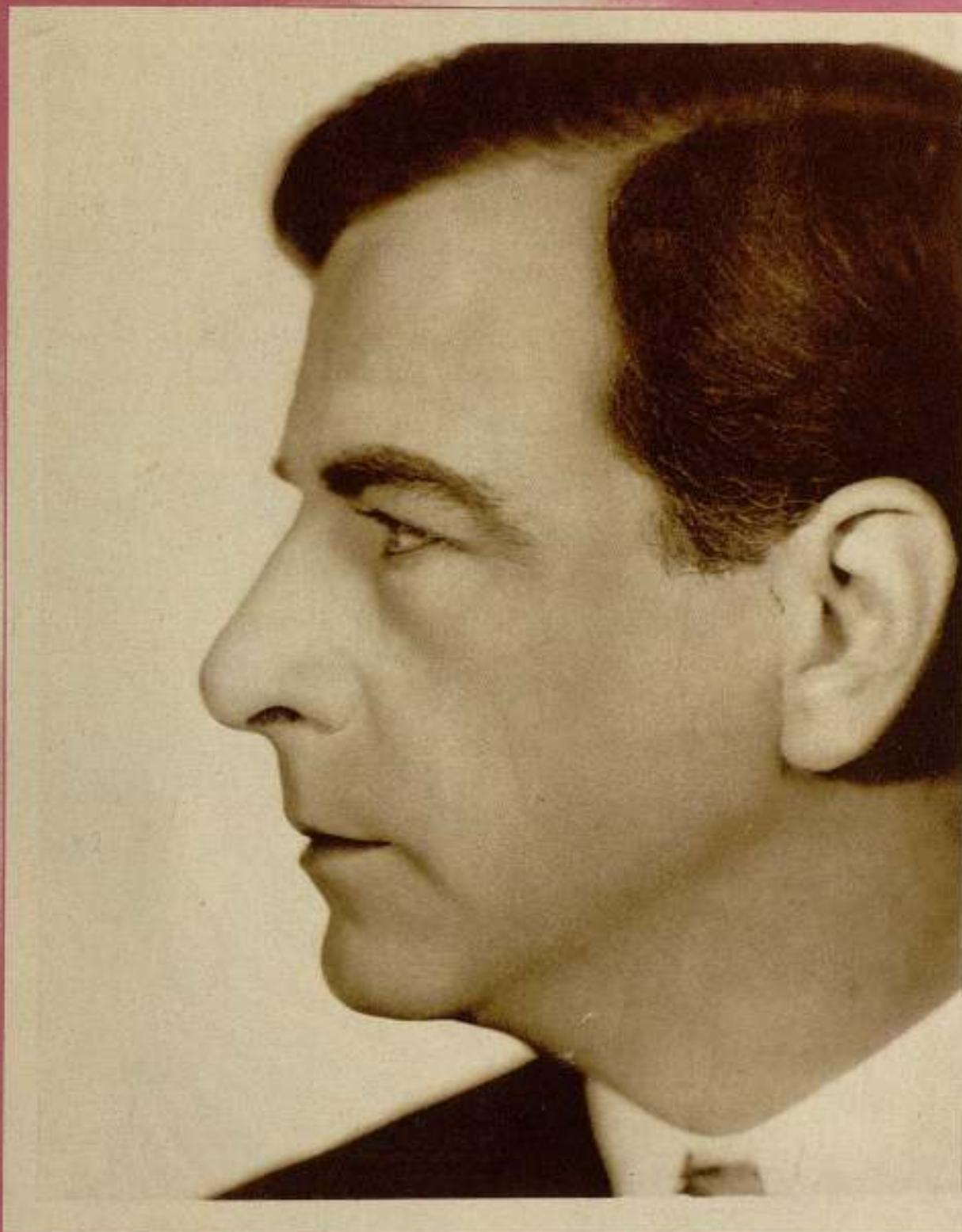
— ¿Conozco a Eustaquio Nazlo? ¿Dónde le he visto? — se preguntaba Isabel mientras en voz alta exclamaba: — ¡Diga! ¿Quién es?

— ¡Hola, querida Isabel! ¡Soy Lill! — contestó la voz de Lillas Leslie, la señora Anderson, con quien hizo el viaje a California —. ¿Estás sola?

— Estoy sola — contestó Isabel—. Acabo de llegar. ¿Cómo te va? Hace ya muchos días que no sabía nada de ti, querida Lill.

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca



MILTON SILLS

ALBUM DE
FILM SELECTO

Filmoteca



SALLY STARR